

## El deterioro permanente del olvido



**Kenshinkan dôjô 2016**

*El poeta sabe que no es sino un eslabón de la cadena, un puente entre el ayer y el mañana. Pero de pronto, al finalizar este siglo, descubre que ese puente está suspendido entre dos abismos: el del pasado que se aleja y el del futuro que se derrumba. El poeta se siente perdido en el tiempo.*

Octavio Paz

Viajaba de vuelta a casa, después de un largo periplo que me había conducido de uno a otro extremo del país, y más allá de las distancias que la geografía nos impone, si queremos hollarla a conciencia para descubrirla, había pretendido llegar al corazón del viejo Bujutsu, un espacio situado fuera de los mapas establecidos, pues no sólo era un lugar determinado y remoto, sino algo aún más profundo y distante: un estado de ánimo.

En el interior de las montañas meridionales del país, un grupo de hombres y mujeres, a quienes había dicho adiós hacía escasamente dos días, continuarían reuniéndose como sus ancestros lo habían hecho durante siglos, en un contexto ubicado fuera del tiempo, formando una familia de bujutsukas desconocida para la mayoría, ignorada por los modismos rampantes y sin registrar en los anales de la más rabiosa actualidad.

Durante quinientos años, generaciones de seguidores de aquel Koryû habían compartido el estudio de su Escuela entre la minoría que habitaba aquellas latitudes y, con semejante elección, habían logrado mantener con vida sus vetustas enseñanzas: unas formas de cultura que todos y cada uno de sus miembros veneraba y protegía con absoluto celo.

Mientras debatía con mis propias contradicciones acerca del deterioro que en ocasiones provocan las mayorías, o la disolución permanente en el olvido que, a veces, suponen las minorías, recordaba aquel episodio en el que Juan Ramón Jiménez preguntaba a Margarita de Pedroso si deseaba compartir con los demás aquello que tanto amaba.

La poetisa, fiel admiradora de su obra, le contestaba:

*“Sí. Deseo compartir mi Poesía con quienes forman parte de mi vida para que, también ellos, experimenten ese amor que siento por ella y, más allá de quienes me son próximos, con todos aquellos que quieran acercarse a la belleza que desprende”.*

El gran poeta, situado en el extremo opuesto de su interlocutora, consideraba que la lírica a la que había dedicado su vida debía seguir ocupando, solamente, el

espacio íntimo de su corazón y, más allá de ese lugar, aventurarse, únicamente, hacia esa minoría para quien siempre escribió.

Mucho tiempo después de sostener su rotunda postura, Margarita de Pedroso fue de nuevo interrogada al respecto. Habían transcurrido más de treinta años desde el fallecimiento de su maestro, y la escritora -una de sus alumnas predilectas- vivía entonces en la ancianidad. La poetisa volvió sobre su reflexión, pero ya entonces su sensibilidad era próxima al profundo pensar de su maestro, aliándose, también ella, con la minoría y, como consecuencia de ello, optando por el deterioro definitivo del olvido.

Reflexiona Juan Manuel de Prada sobre este episodio en su libro, *Desgarrados y excéntricos*, preguntándose si es preferible el deterioro de la difusión, al deterioro, quizá definitivo, del olvido.

En su camino hacia la mayoría, no es extraño ver cómo el mundo devora todo cuanto encuentra, manipulándolo, incorporándolo a su haber, sustituyéndolo por nuevos enfoques adaptados a las demandas o, en el peor de los casos, aniquilándolo. La expansión del arte del Budô hacia la mayoría es un camino sin retorno. Nos dirigimos con premura hacia él, reconociendo esa variable que es la decadencia incuestionable de principios, valores y fundamentos.

Hemos optado por la mayoría a pesar de la pérdida, el abandono y la degeneración. Imposible retroceder. Sólo se nos permite avanzar sabiendo que, en el futuro, nos espera un conglomerado aún mayor, más organizado, complejo y plural, una dimensión abocada al implacable deterioro que se presenta acompañando a la difusión, a la cantidad, al número o a la mayoría.

De igual manera, en su huida hacia el regazo de unas minorías capaces de entenderse en el mundo de las ideas, la estética, la ética o la espiritualidad, es fácil observar cómo los pequeños grupos acaban auto-fagocitados. Sí. La selección que promulgan las minorías podría resultar un callejón sin salida alguna, una muerte, casi segura, gestada en su propio elemento.

La historia da fe del deceso de cientos de escuelas del Bujutsu medieval de Japón, magníficas tradiciones que perecieron siendo víctimas de su propia reclusión, sucumbiendo al paso inexorable del tiempo y relegando al olvido aquello que un día palpitó en el corazón de hombres y mujeres dedicados.

Ambas polaridades referidas comparten un mismo futuro: el destino amargo del olvido.

A mi modo de ver esas dos direcciones son resultantes del tiempo: ese juego ilusorio que el hombre ha creado para organizar el mundo y su existencia dentro de él.

Ante semejante realidad, no queda más opción que rescatar, al menos, un estado de ánimo libre y capaz de alejarnos de un deterioro que no deseamos, pero cuya aparición resulta casi imperativa en el futuro que ha de llegar.

Octavio Paz nos enseña: *“Es un espejismo; muchos y pocos, minorías y mayorías son conceptos que se disipan”*.

Y es así que una mayoría minoritariamente informada es, definitivamente, una minoría. Por el contrario, una minoría inmensamente diseminada, pero conectada a través de lazos comunicantes abiertos y receptivos, deja de ser minoritaria, para convertirse en mayoría.

Los muchos compran libros, asisten a espectáculos, viajan constantemente, escriben libros, acuden a tertulias, visitan restaurantes, pero: ¿cuántos lectores, viajeros, ideólogos, escritores imaginativos, entendidos comensales, encontramos entre ellos?

Los pocos se enrocan, reducen, esconden, seleccionan y ocultan, pero: ¿cuántos se sienten hombres y mujeres libres, abiertos al aprendizaje, parte de un todo que les supera y del cual son un eslabón más?

Dicen los antropólogos que en el alba de los tiempos, cuando los hombres se reunían en torno a un fuego nocturno, seguro y cálido, algunos individuos que habían recibido de sus antepasados las historias de los viejos dioses, la razón de ser de las fuerzas telúricas, las claves para conectar con los espíritus ancestrales, eran capaces con sus relatos de poner en sintonía a todos los miembros del clan, tribu o pueblo.

En ese estado de trance, dando vida una y otra vez a unas historias largamente contadas a lo largo de los años, aquellas minorías tribales sintonizaban entre sí y, más allá de ellos, lo hacían con quienes les habían precedido en vida, estableciendo una conexión entre su presente y el ya lejano pasado de sus predecesores. En aquellos momentos, todos ellos -vivos y desaparecidos- conformaban una unidad, sintiéndose un solo pueblo.

Yo quiero pensar que en nuestro mundo del Budô ocurre algo similar, y que la práctica de un Arte Marcial en minoría es una oportunidad para sentirnos cerca de esa corriente de hombres y mujeres que nos han precedido en vida, un caudal humano del cual formamos parte indisoluble.

Así, también, una inmensa minoría de budokas conectados entre sí por lazos intangibles, pero imperecederos, se habrá convertido, definitivamente, en una inmensa mayoría.

Kenshinkan dôjô 2016